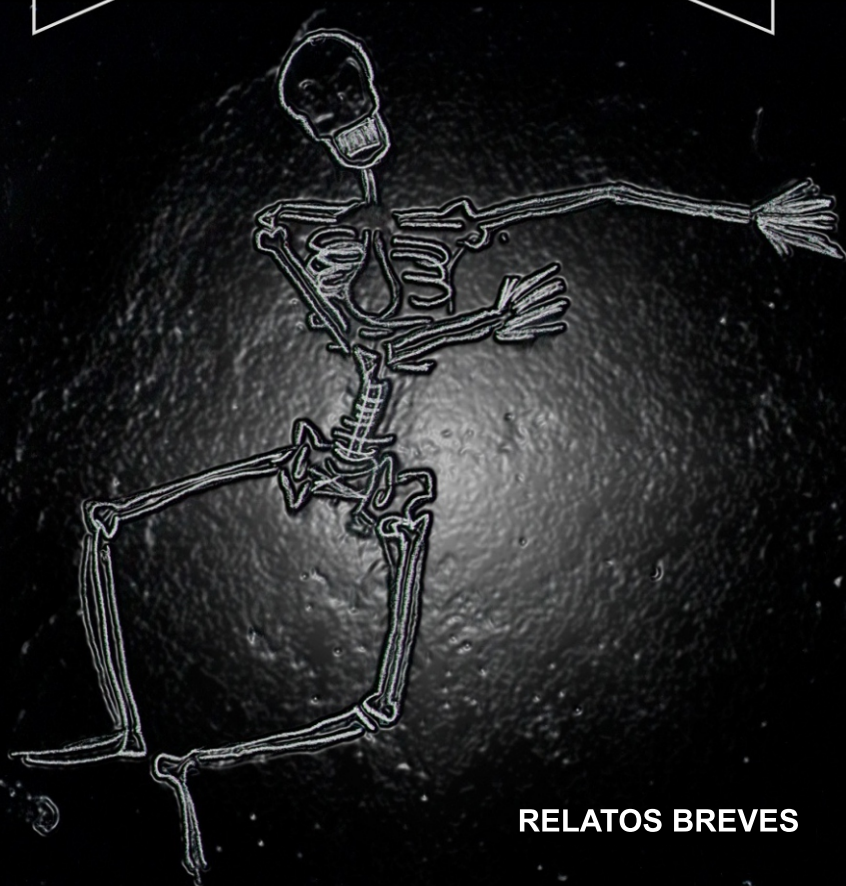


**Paula Ithurbide**

# **Vaivenes de un esqueleto**



**RELATOS BREVES**

# Vaivenes de un esqueleto

Paula Ithurbide

Título: Vaivenes de un esqueleto  
2012 © Paula Ithurbide  
[www.paulaithurbide.com](http://www.paulaithurbide.com)  
[paulaithurbide@gmail.com](mailto:paulaithurbide@gmail.com)

Primera edición digital 2012  
Segunda edición digital 2014  
Tercera edición digital 2018  
Digitalizado en México



Diseño de tapa: Paula Ithurbide  
Vaivenes de un esqueleto - Paula Ithurbide © Todos los Derechos Reservados - 2018  
Permisos más allá del alcance de esta licencia escribir al correo: [paulaithurbide@gmail.com](mailto:paulaithurbide@gmail.com)

## Índice

Vaivenes de un esqueleto.....	4
Zapatito.....	7
El Premier.....	9
¡Maldita sea!.....	11
Día de trabajo.....	13
De vez en cuando, Carlos.....	15
Las uvas.....	16
Las noticias.....	18
Xóchitl y María.....	21
Delirium.....	24
Adicción.....	26
Dos mil pasos hacia el sur.....	29
Abismos del alma.....	32
Llegó la primavera.....	33
Libertad.....	38

## Vaivenes de un esqueleto

Como en el final feliz de una película mala, aceleré el paso con la ansiedad de toda una vida en la garganta. Creo que no escuché más que mi respiración agitada por el desnivel del terreno. El aquelarre de franceses y europeos varios quedó atrás. Ese enjambre de cámaras fotográficas y sombreros de la Isla de Gilligan no arruinó mi esperado instante de gloria. Con el suspenso de un inminente salto al vacío frené al borde del barranco y ahí estaba: majestuoso e imperturbable, con la seguridad de sentirse eterno. Sí, ese momento cambió mi vida. Aunque parezca algo trivial, ahora que han pasado algunos años, ese mediodía de verano congeló el tiempo en mi cabeza. El murmullo de esos turistas le robó el misticismo a la escena y me acostumbré por unos minutos a sentir su presencia a mis espaldas.

Ningún paisaje se compara con el mar transparente y la arena blanca. Esta continuación exacta y previsible de otoños patagónicos se hace cada vez más difícil de tolerar. No es lo mismo un cielo gris que un cielo celeste sin nubes. No es lo mismo leer bajo la sombra de un árbol que leer frente al hogar a leña. No quiero ser una cebolla a la hora de desnudarme, sacándome una prenda tras otra en un aburrido streptease solitario.

Se estremece el cielo con cada trueno. Se ilumina la calle con un esplendor intermitente y fugaz. Este lugar no es mi lugar y mis dedos construyen con palabras el escenario de una vida mejor. ¿Para qué sirven, si no, los libros? Para escaparnos de la realidad pegajosa, de roces repetidos y vacíos insalvables. La humedad del alma pudriéndose adentro sin que a nadie le importe. Un desesperado intento de no necesitar de nadie. La sensación de existencia efímera que acalambra las ganas. Un tamiz con ilusiones desgajadas cayendo en la tierra negra del destino marcado.

Palabras, combinación adecuada de letras. Escaleras del pensamiento. La noche acentúa mi tristeza. Una tristeza que flota, no se rebela. No quiere irse, se acomoda en cada rincón de este aire viciado. Me mira de reojo y se ríe a carcajadas. Ya me conoce, sabe que trato de matar el dolor con palabras. Y aparece siempre puntual para ser mi única espectadora. No tengo el valor de enfrentarla, prefiero hacerme la distraída e ignorarla hasta clavarle un puñal de versos y así sacarla del camino por un rato. Hay cinco cajas en aquel rincón. Muchos libros, tres cuadros de viejos dolores y las fotos que certifican mi paso por este planeta. Dejé un poco de vida en cada cuerpo que se unió al mío. Distintos perfumes, siluetas a media luz, manos que bajaron lunas y escribieron despedidas. Saltos al vacío y valijas en la puerta. Las personas se van y el corazón oxidado nos sigue doliendo. Nos avisa que va a venir otra sonrisa y otros ojos y que otra vez se va a repetir la historia. Y así, a sabiendas, nos deslizamos vertiginosamente hacia otro pozo que nos va a doler más porque se suma a los anteriores.

La imagen de un bostezo. De una tarde sin fecha en un piso catorce, de mi abuela y un ataque de bostezos. Llegué a contarle veinticinco seguidos. Una imagen que quedó en mi memoria. Ahora, lo único que tengo de ella: recuerdos. Palabras e imágenes. Una última imagen de cuerpo vacío por la muerte. Una mañana de trámites apurados y tierra sobre un cajón de madera. Una sensación de nada y de todo. De no saber y de qué esperar. Un presagio del destino común. Una foto de otros tiempos y el calor que todavía siento en ese abrazo de diez por quince. Se me cae una lágrima que chorrea por dentro. Se resbala y se hace herrumbre de latidos iguales.

Busco monedas en un bolsillo roto, descosido por los tirones de la necesidad. No uso billetera, no la necesito. Cuando el dinero me visita me ocupo de no dejarlo salir pero él insiste en seguir su camino. Yo no me preocupo mucho por buscarlo. Siempre hay un precio para todo. Yo nunca quise pagarlo y así estoy, con la fortuna de mis palabras sin cotización de bolsa. Con hambre muchas veces y la panza llena muchas otras. Alimentando mi bohemia con esfuerzos ajenos. Agradeciendo cada gesto de solidaridad hacia mí. Durmiendo en sábanas de otros, respetando

soledades estipuladas y caminando de norte a sur y de sur a norte tantas veces como sea necesario. Caminando con el mar a un costado. Un mar que no es transparente pero se hace respetar con una gama de colores opacos, de caparazón de tortuga. Un mar que inspiraría poetas pero no pintores. O quizás pintores melancólicos tratando de encerrar en el lienzo rectangular el abismo de un horizonte. Por eso insisto en volver a ese mar de paraíso tropical, aunque sea para que mis huesos se pudran en ese suelo de paz y belleza infinitas. Para sentir como se pasa de la vida a la muerte con el sonido del viento en las hojas y las olas en la playa. Es raro planificar el final. Yo pienso vivir mucho tiempo más. Y si algún día me encuentro con la huesuda de frente: piquete de ojos y a correr. ¿Es posible lavarse las caricias que tiene el cuerpo? Es posible revivir sensaciones de vértigo, de primera vez con alguien. Es posible volver a sentirse inmortal pero un inmortal con abolladuras que se notan en la piel. Con menos ganas de apostar, de soñar, de compartir, de aguantar ruidos y vaivenes de otro esqueleto que conviva con nosotros. Ya no queremos fundirnos los dos en uno, o gritarle a la gente que pasa en el colectivo que estamos enamorados. Ya no abrimos los ojos con la misma pregunta en las pupilas porque conocemos las respuestas de antemano. No hay ingenuidad. No hay entrega. Nos vamos encerrando en una cárcel de malos recuerdos, de desilusiones vigentes y olvidos presentes. Colgamos en la pared el cartelito: "mejor solo que mal acompañado" y preferimos terminar nuestra vida con un perro fiel durmiendo a los pies de la cama.

### **"Vaivenes de un esqueleto"**

Tercer Premio - Narrativa - 2do Concurso Literario "Manos Solidarias"  
Rotary Club Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina. Junio 2004.

## Zapatito

¿Cómo empezar el día después de una noche de violación matrimonial? Sin tiempo para cuestionarse costumbres ancestrales, la mujer deja su rancho y baja al pueblo para cumplir sus tareas. Su cuerpo es una colección de contexturas pequeñas marcadas por la dureza de una vida de privaciones. La siguen tres hijos por el mismo camino de tierra y resignación. Las tradiciones se heredan y se aceptan y se sufren sin intentar cambiarlas. Pies descalzos y faldas negras. Semillas que involucionan.

Los golpes en la puerta avisaron que el desayuno estaba listo. Apenas pudo abrir los ojos y ver la hora en la pequeña tipografía de su celular. La habitación en penumbras, el sol empujando la tela de las cortinas, su cuerpo desnudo junto a ella, también sin ropa. El aire del cuarto era una mezcla de silencio y perfumes. Se levantó con movimientos lentos, de huesos y músculos cansados. Juntó la ropa desparramada en la urgencia nocturna de quererse un poco. La miró dormir, aún perdida en los restos de la madrugada. Bostezó. Se asomó por la ventana achicando los ojos, defendiéndose de la brutalidad luminosa del día. Caminó hasta la puerta y buscó el desayuno que esperaba apoyado en una mesita.

El entorno era el mismo de siempre. Cien metros cuadrados de pasos ajenos a interceptar. Una y otra vez, con terquedad, con la persuasión de sus propias miserables apariencias. Un día igual a otro. Una cadena de igualdades, una multiplicación chata, una eterna carretera recta, aburrida casi infernal. No conocen otras opciones. ¿Será que desde afuera se ve todo más terrible?

Edificios con historia. Ya los tenían catalogados desde que planearon su viaje por internet. A cada paso sienten la vibración de ese suelo impregnado de leyendas. No alcanzan ni la cámara ni las miradas para



asimilar el paisaje. El silencio de la contemplación los deja solitarios, cada uno busca su ángulo de observación para luego comentar entusiasmados sus impresiones personales.

-Tres pulseras por diez. Cómprame. Cómprame.

La frase constante para quien observa en silencio el rumor del parque. Incansables ofertas, repetidas negaciones, curiosidad de los recién llegados. Ella pasea concentrada por un mapa en blanco y negro. Él tiene la poderosa sensación de ver toda la pobreza de un estado en un zapatito gastado. Observa los pies dentro de ese calzado curtido y cansado, como debe tener alma y el cuerpo, piensa. Y sin embargo son parte del souvenir del turista, son parte de las postales y las fotos para el estante de la oficina. Este juego de todos los días tiene algo de macabro. Esta desigualdad de oportunidades es resultado de una ruleta cósmica sin chance a devolver si no nos convence el regalo.

Época de lluvias. El sol tapado por las nubes como un político por sus guardaespaldas. En diez segundos el parque queda desierto y la gente busca refugios. La lluvia envía clientes a los cafés. Los pies descalzos solo esperan bajo un alero que el aguacero termine. El agua lava la tarde y las luces de la plaza anuncian la noche. Subsistencia convertida en pintoresca realidad de folleto. Las fotos enviadas por e-mail son la novedad del día para los familiares que están en casa. Imágenes que dicen que algo anda mal pero a nadie le importa.

## El Premier

Algún genio del mundillo bancario sin criterio y sin mucho que hacer pensó en dividir las filas de espera entre clientes y no clientes. Otros pusieron clientes y visitantes (no del espacio exterior sino gente como usted o como yo pero que no pertenecemos al selecto grupete). No se entiende cuál es la saña contra la gente común pues si yo estoy haciendo esta maldita fila es porque vengo a depositar o a cobrar o a hacer alguna transacción con la cuenta de algún cliente de su prestigiosa institución. La discriminación no termina, hasta los propios clientes tienen que ver desfilar muy campante delante de sus narices a la señora que entró derecho de la puerta a la caja sin detener su marcha porque ella es "cliente PREMIUM".

Todo es un juego de azar, de opciones imposibles de calcular. Un intento fallido de dar un servicio extra o una preferencia que solo genera miradas de impotencia y discriminación en una mini versión de la sociedad que también consume atención innecesaria de los cajeros que deben ir llamando alternativamente a un "Premium", a un "cliente" y a un pelagatos.

Las situaciones son curiosas pues el destino se ríe de nosotros y nos juega bromas... como ocurrió esta tarde en un banco de logo rojo y blanco. Veinte personas estábamos en la fila divididas en PREMIER, CLIENTES y NO CLIENTES. El azar quiso que dos personas trabaran el proceso con sus complejos requerimientos. Un hombre retiraba una cantidad enorme de dinero, el cajero contaba fajos y fajos de billetes que ordenaba meticulosamente para no perder el cálculo. En otra caja dos señoras hacían algo similar pero con un depósito, el cajero contaba fajos y fajos de billetes que ordenaba meticulosamente para no perder el cálculo. De repente se desocupó el tercer cajero y con su vocecita de sintetizador detrás del vidrio llamó al PREMIER tan débilmente que nadie acudió al llamado.

Nuevamente insistió con más volumen: "PREMIER!" y todos comenzamos a buscar a aquel personaje que era bendecido con el turno y la atención del cajero y que osaba despreciarlo por algún motivo. La voz se fue corriendo "PREMIER" "PREMIER", el cajero, los no clientes, los clientes todos llamando al PREMIER que navegaba entre los números de su agenda ausente de la lotería de turnos porque él también a pesar de ser PREMIER, tuvo que esperar un tiempo suficiente como para dejarse llevar por sus pensamientos. El PREMIER se sobresaltó ante el griterío general y levantó sus ojillos por sobre sus lentes, enfocó los ojos del cajero y hacia él se dirigió presuroso.

Alguien tendría que parar la pelota y replantear situaciones porque este tipo de reglas a las que todos debemos amoldarnos no son beneficiosas para nadie. Imaginemos que el mismo genio del mundillo bancario sin criterio y sin mucho que hacer nos obligara a cantarle las mañanitas al cajero o a caminar dos pasos y retroceder uno antes de entrar al banco. La división de filas que todos padecemos resignados es una situación igual de absurda.

## ¡Maldita sea!

El círculo que formaba el humo del cigarrillo ascendía perezoso y se desarmaba antes de llegar al techo. La habitación estaba en penumbras y Javier pensativo, fumaba en la cama. La lentitud de sus gestos expresaba cansancio. Recorría con la vista las formas que dibujaba la sábana. No reconocía ese cuarto, sus contornos le eran ajenos; su aire desconocido lo incitaba a la reflexión. Se quedó pensando en la lengua desesperada de aquella mujer que lo enloqueció; en ese deseo de escapar y viajar 465 kilómetros para acostarse con alguien desconocido; para unir dos vidas por tres días y volver al ritual cotidiano con un recuerdo más en la piel: una cascada vertiginosa de sensaciones y descubrimientos.

Su pensamiento le dictaba frases sueltas que definían lo que él había sentido las últimas horas y que su esencia de escritor se esforzaba en poetizar: días que se mezclan con la noche; madrugadas de fantasías cumplidas y silencios acordados; unión perfecta de cuerpos y libertades; vacío final, alma extraviada, silencios fúnebres que hieren como agujas; palabras fingidas, instinto saciado, caricias de hielo sobre las cenizas del fuego.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se perdió en el ritmo del reloj. Sintió el roce de un cuerpo dormido y caliente. Giró para abrazarlo y al acomodarse escuchó un ruido en el piso. El anillo, símbolo de lo prohibido, se había caído de la mesa de luz.

Javier dudó un instante y se estiró para levantarlo. Se lo puso en el dedo y miró su mano como si fuera de otra persona. Se sentía exhausto y por momentos inquieto. Se levantó de la cama y con pasos torpes se acercó al espejo. Examinó su cara minuciosamente. Tenía los ojos fríos, llenos de nada. Con su cuerpo transpirando ayer, abrió la ducha y esperó. El agua

que limpiaba sudores ajenos lo relajaba. Necesitaba mantenerse tranquilo.

Mientras secaba su cuerpo comenzó a planear el próximo día; tendría que enfrentar a su esposa y volver al psiquiatra. Sabía que pensar y anticipar era precisamente el error fatal que le haría perder el control. Las piernas se le aflojaban, se mareaba, se sentía perdido otra vez. Estaba pálido y se apoyó en la puerta del baño para no caerse. Se propuso no dejarse dominar por esos ataques de pánico que lo seguían como un fantasma.

-¡Maldita sea! – pensó.

Lo sobresaltaron los golpes en la puerta.

-Javier... ¿estás bien? Abrió la puerta...- decía la mujer con voz preocupada.

-Sí, sí... estoy bien, ya salgo.- respondió él.

Con el gesto desencajado y aludiendo cansancio salió del baño y se acostó. Cuando la mujer volvió a su lado fingió estar dormido y sintió las caricias que ella le hacía. Aquel abrazo disolvió los malestares que Javier padecía y pudo descansar tranquilo. La fobia quedó escondida esperando la oportunidad de sorprenderlo en soledad.

La mañana llega arrastrando el sol entre los edificios. Una ventana entre miles. Despertar y tomar conciencia de la nada, de la vida, de la muerte, de lo insignificante de “ser”. Pasos lentos que deambulan por la habitación. Una sonrisa cómplice y un beso fugaz. Javier junta su ropa y comienza a disfrazar su dolor. Todo está bien por fuera. Comentarios triviales retumban en sus oídos. Desayuno, palabras, silencios, palabras y esto se termina. Otro beso. El último.

Javier sale a la calle y camina lentamente hacia la estación terminal. Es temprano, el micro sale a las nueve.

## Día de trabajo

La Península de Yucatán puede ofrecer paraísos en su costa caribeña pero tierra adentro el calor aplasta sin contemplaciones.

Era el primer día de trabajo. Llegamos temprano a la oficina donde nos entregaron las planillas con las encuestas y el uniforme para salir al ruedo: gorritas y chalecos naranjas de tela pesada. Media hora después la combi nos dejó en la zona que nos asignaron. Se trataba de ir casa por casa preguntando a las personas qué tipo de carne era de su agrado. La tarea no era difícil pero la ciudad en la que estábamos nos ponía a prueba con las altas temperaturas.

Las calles eran pequeñas con casas iguales y enseguida supimos que cargar con los chalecos iba a ser una pesadilla. No había árboles y por lo tanto no había sombra en ninguna parte. Vimos a la combi alejarse en un borroso paisaje de polvo y distancia. Nos miramos en silencio, observamos el trazado de calles, leímos las planillas, nos acomodamos queriendo escapar del chaleco naranja, inspiramos, exhalamos y volvimos a mirarnos y con cierta resignación cada quien eligió una calle para empezar.

Mi compañera de trabajo era delgada y tenía buen estado físico pero el calor sofocante de Mérida la hacía sudar en exceso. Llevaba consigo una pequeña toalla para secar las gotas que resbalaban por su cara. El tiempo parecía inmóvil, el sol se reía de nuestros chalecos naranjas, las calles estaban quietas en esa mañana de lunes. Niños en la escuela, hombres y mujeres trabajando y nosotras a paso lento de casa en casa, de timbre en timbre como lentos caracoles color calabaza.

Nadie quiere responder encuestas y el sol ya está en lo más alto. El chaleco me está cocinando a fuego lento, empiezo a ver a la gente con forma de

refresco. Camino y camino y cada vez me cuesta más trabajo trasladar mi humanidad de una casa a otra. Al llegar a una esquina con el último aliento vi a mi amiga conversando con una señora en el umbral de una casa. Mi amiga sudaba y caían las gotas sobre las preguntas de la planilla. La señora respondía y se compadecía de aquel ser humano que se derretía frente a ella. Antes de terminar el cuestionario la mujer fue por un vaso de refresco para mi amiga y al verme aparecer fue por uno para mí. Cuando terminé de beber ya se había asomado la hija de la señora que estaba preparando el almuerzo para sus hijos. La mujer joven también nos vio sufrir dentro del chaleco naranja y enseguida nos trajo una hamburguesa mientras mis ojos brillaban de agradecimiento y mi compañera mezcló las gotas de sudor con lágrimas de felicidad. Nos despedimos de aquellas mujeres sin dejar de agradecer con sonrisas y gestos y palabras mientras buscamos un lugar para sentarnos a devorar el regalo más preciado en esa situación. Horas más tarde la combi nos llevó de nuevo a la ciudad.

Han pasado más de diez años de aquel día pero esas dos mujeres, el refresco, la hamburguesa y su empatía y generosidad quedaron grabadas a fuego en nuestra memoria. En un álbum de fotos están nuestras imágenes dentro de los chalecos naranjas con una gran sonrisa después de completar el primer y último día de trabajo en Mérida.

## De vez en cuando, Carlos

Nací alejada de toda comodidad y progreso tecnológico. Apenas si pude acceder a educarme en un colegio medio pelo. Mi familia no me preparó para destacar en alguna disciplina. Mi intelectualidad luchaba por salir del barro de la cotidianeidad vacía, que solo aspira a llegar a la noche con la panza llena. Que no sabe de otras necesidades que no sean las básicas.

Por eso cuando lo conocí no me importó resignar a mi familia. Vi más allá de la General Paz y soñé con otro entorno: otras calles, otra gente, otros temas de conversación, otras preocupaciones. Me aferré a ese sueño y pagué con mi cuerpo y mi alma las ventajas de mudarme al centro. Él era feo, vamos a confesarlo ahora que me dejó su dinero y se llevó mi juventud. En este caserón lleno de estatuas persas y cuadros que valen una fortuna, vivo en el silencio fúnebre de mi vida empeñada. No me arrepiento, todo tiene su precio y yo decidí resignar. Ser la mujer de un hombre soberbio e insensible puede convertirse en un infierno. Recuerdo cuando a los pocos días de conocerlo lo llamé "Carlitos" en un gesto de cariño a lo que él respondió indignado:

-De vez en cuando, Carlos.

Hoy tengo varios millones en mi cuenta bancaria y algunos años para disfrutarlos y brindar a tu salud..."Carlitos".



## Las uvas

Había una vez un viejecillo muy sabio que vivía en una colina en un pueblo olvidado. De otros pueblos venían a pedirle consejos y la clave para llegar a viejo tan sano. El viejo predicaba con el ejemplo y por eso se había ganado el respeto de todos los que lo conocían. Era capaz de sacarse el pan de la boca o quitarse un pulmón si se lo hubieran pedido en estos tiempos de trasplantes al por mayor. Vivía austeramente, vestía sin lujo, no sucumbía a los placeres de la carne o a los vicios tan comunes entre los campesinos analfabetos.

Un día recibió la visita de un peregrino cansado que llegó allí por casualidad extraviado de su rumbo. Venía de muy lejos y no conocía la fama del viejo. Y menos en esas condiciones extremas de hambre y cansancio. Vio su casita iluminada en medio de la cerrazón nocturna y golpeó la puerta sin saber quién vivía allí. El viejo inmediatamente asistió al viajero. Le brindó comida, le ofreció aseo y un catre para pasar la noche. Cuando el visitante se repuso del agotamiento se entregó al diálogo animado con su anfitrión y le agradeció emocionado el gesto noble de haberlo recibido. El viejo minimizó su acción fiel a sus principios y siguió charlando hasta que la conversación desembocó en placeres y antojos. El viajero dijo que venía de un lugar casi desértico y que por ese motivo salió a buscar otro poblado para establecerse. Como cuando era chico que vivía en un lugar lleno de vegetación y flores y frutas y ríos y lagos. Y se acordó con nostalgia de su infancia feliz. Repasó sus andanzas con otros chicos trepando árboles, pescando y su narración se detuvo debajo de una parra. Narró con delicia los malabares que hacían para robar uvas frescas, jugosas y comerlas hasta la saciedad en una travesura típica de la edad. Los ojos del viajero brillaron por el recuerdo querido y porque hacía muchos años que no probaba algo tan sabroso como aquellas uvas. ¡Qué feliz sería si pudiera volver a ese tiempo a través del gusto de uvas como esas! – dijo el viajero

sabiendo que era imposible aquel deseo. El viejo permaneció en silencio y anunció que se retiraba a dormir. Indicó al viajero su lugar para pasar la noche y se retiró a su habitación. El huésped tardó un segundo en acomodarse y caer rendido en un sueño profundo.

El viejo terminó sus rituales de siempre antes de dormir y sigilosamente abrió un armario de su cuarto y sacó un cajón con uvas verdes y frescas. Comió, las disfrutó, sació su placer personal y al ver el cajón vacío pensó que faltaría un mes para que le trajeran otra ración de uvas. Se limpió la boca y paladeando el resto de sabor dulce se acostó satisfecho.

Una persona puede ser solidaria y de buen corazón. Puede despojarse de todo incluso hasta de su vida pero la virtud habrá que buscarla en la resignación de sus intereses. Cualquiera es generoso con lo que no le interesa. El viejo no tenía ambiciones como el resto de la gente. Le bastaba con su catre, su ración de comida y sus humildes vestiduras pero cuando alguien amenazó indirectamente con quitarle algunas uvas de su placer personal, afloró la esencia humana: el egoísmo. El mismo egoísmo que los demás tienen por muchas cosas más que un par de uvas. El viejo no era un sabio como todos pensaban. Simplemente no tenía interés por nada y por eso nada le importaba.

## Las noticias

Mario observó la luna congelada. Juntó sus manos y echó una bocanada de aliento entre ellas para calentarlas. Con su bolso en el piso y el walkman encendido miraba los movimientos lentos del micro acomodándose en la plataforma. Caminó unos pasos con el cuerpo entumecido y subió al ómnibus. Echó un vistazo a los pasajeros y se sentó al lado de un hombre joven con la intención de iniciar el diálogo.

El micro arrancó y se alejó del pueblo. El invierno y la madrugada hacían de esos parajes la mejor definición de la palabra desolación. Mario optó por escuchar la radio, vencido por la indiferencia de su compañero que dormitaba para no hablar. Se acomodó los auriculares y buscó una emisora que transmitiera las noticias.

...crsh... crsh... el amor que te diiiiiiii... crsh... crsh... por Jesucristo nuestro señor... crsh... crsh... Radio Efe informa primero...

La monotonía del paisaje nocturno fue adormeciendo al viejo Mario. El hombre joven se levantó para ir al baño. Mario se movió incómodo en la estrechez de su asiento y vio algo en el lugar de su compañero. Encendió su lucecita y distinguió la forma de una billetera. La abrió preso de una curiosidad incontrolable. Entre unos papelitos sueltos estaban los documentos pero no había dinero. Mario ajustó la vista y leyó el nombre en la cédula...

-mmm... Daniel Fernando González... – balbuceó.

Se escuchó el ruido de la puerta del baño y el viejo se apresuró a dejar todo en orden.

-Se te cayó eso... -le dijo a Daniel señalando la billetera en el asiento.

-Gracias.-dijo el joven fríamente.

Condenado a la ausencia de conversación, Mario miraba por la ventanilla y recordaba sus últimas horas en el pueblo. Las imágenes se sucedían desordenadas: la familia, los amigos, la cena, el vino, la despedida. Y seguía con su repaso cronológico de los hechos: la terminal desierta, el frío, la madrugada, el micro, los pasajeros, la radio, el sueño, las noticias... En ese momento se acordó de una noticia que lo impactó y que lo dejó intranquilo antes de dormirse. Repitió mentalmente el titular que había escuchado en la radio y una sensación de vértigo lo invadió. Trató de calmarse mientras sentía un sudor frío por su frente. Miró de reojo a Daniel que dormía en su asiento. La penumbra del micro fabricaba un clima fantasmal de contornos dibujados. Mario pensaba, dudaba, recordaba. Se preguntaba si el vino, el sueño y la madrugada le estaban jugando una mala pasada. Miraba a Daniel y pensaba. El nombre era el mismo que escuchó en la radio. Trataba de imaginarse a aquel hombre que descansaba tranquilo a su lado, unas horas antes en un pueblo vecino. Un escalofrío recorrió su cuerpo. No podía situarse en aquella escena terrible.

-¿Y si este hombre es inocente? ¿Si estoy delirando?-se preguntaba Mario al borde de la desesperación. Se sentía paralizado, atrapado entre la ventanilla y el asiento de Daniel. Miraba su reloj y calculaba distancias. Había perdido la calma.

Se encendieron las luces y los pasajeros se despertaron. Una parada de quince minutos en otro pueblo olvidado. Mario aprovechó la luz para mirar a Daniel que seguía durmiendo. Con movimientos sigilosos observaba cada detalle de su ropa y encontró la prueba que buscaba. Dos pequeñas manchas rojas en el zapato de Daniel nublaron el razonamiento de Mario quien se levantó enérgico. Bajó del micro en busca de un teléfono. Llamó a su pueblo y confirmó sus sospechas. La familia de la casa amarilla había muerto. La madre y sus cinco hijos habían sido asesinados.

Casi sin aliento buscó algún policía en el lugar pero este pueblo era más chico que el suyo y a esa hora estaban todos durmiendo. Volvió al teléfono y llamó otra vez a su pueblo. Habló con el comisario y le contó su preocupación. Mario volvió al micro que lo esperaba para seguir viaje. Se acomodó nuevamente al lado de Daniel y trató de asimilar lo sucedido.

Una hora después el ómnibus se detuvo frente a tres patrulleros que cortaban la ruta. Con una rápida maniobra los policías subieron al micro y se llevaron a Daniel. Mario se dio a conocer y se puso a disposición de la justicia para atestiguar. Horas más tarde, en una precaria comisaría de pueblo, Daniel confesó su crimen y se ahorcó en su celda en un descuido de los guardias.

Mario nunca más viajó de noche ni escuchó las noticias en su walkman.

## Xóchitl y María

Aquí arriba el frío se siente en los huesos. Las nubes húmedas del mes de mayo juegan con los picos de las montañas. Tiñen el cielo de gris y dejan caer una llovizna débil. Por el camino llegan los campesinos después de trabajar la tierra. Las mujeres todavía no terminan su día de trabajo y cocinan para quienes las someten siguiendo tradiciones ancestrales. Todos los días lo mismo. Levantarse antes que el sol se asome por el oriente y desafiar al frío. Traer leña, encender el fuego, cocinar, despedir al hombre, atender a los niños, lavar ropa, y desear que la noche no llegue nunca. Cada vez que la cena se termina y la noche se vuelve más fría Xóchitl sabe lo que va a pasar. El aire se impregna de aromas repugnantes, de palabras viciadas y repetidas, de gritos contenidos y lágrimas secas. Cada vez que el hombre se acerca con la transpiración envolviendo su cuerpo y las palabras borrosas por el alcohol ella no quiere vivir más. Es una triste escena que se repite sin falta. Él se acerca con las manos ávidas de carne, la encierra en un rincón y recorre su cuerpo bruscamente. Abandonada en los brazos de aquella bestia espera que el ritual se termine. Sus ojos nublados por la impotencia se clavan en la imagen de la Virgen y rezan para que algo la libere de ese sufrimiento. El hombre se contorsiona frenético arriba de ella y luego se deja caer vencido por el esfuerzo y la necesidad saciada. Xóchitl se levanta y se acomoda la ropa.

Con el sol bien alto y la cara salpicada de sufrimientos cotidianos Xóchitl llega a la casa de María ubicada lejos del pueblo. Mientras preparan tortillas y trabajan con sus tejidos las dos mujeres hablan de sus vidas. Xóchitl escucha con atención todo lo que dice esa mujer que lleva más de cuarenta años en el lugar. María acaba de enviudar y se siente liberada. Su padre la obligó a casarse con un hombre de una comunidad vecina y abandonó su lugar natal como indican las costumbres. Aguantó muchos años las humillaciones de un hombre hasta que un ajuste de cuentas entre

campesinos la dejó sin marido y sin más tormentos. María ahora sonríe porque es dueña de su vida y reconoce en su amiga las marcas del dolor. Todo es costumbre y tradición, no hay otro destino posible. Aquí las mujeres no tienen opción. Y aunque nunca hayan recibido educación ni conozcan otra clase de vida, la desolación del ultraje les enseña una lección inolvidable.

Los gritos de una niña interrumpen la conversación y Xóchitl ayuda a María a levantar su humanidad. Se acercan a la puerta y escuchan la noticia asombradas. Poco saben ellas del mundo exterior. Son cruelmente ingenuas y ajenas a los acontecimientos de la historia. Ignoran que dos años atrás Santa Anna entregaba la mitad del país al enemigo gringo o que Stephens recorría las ruinas mayas en Yucatán. Para ellas todo gira en torno a sus humildes existencias. La niña les indica con gestos ansiosos que la sigan unos metros. María camina lentamente y Xóchitl acompaña a la pequeña a paso firme. Entre unas ramas caídas y a medio enterrar hay una caja de madera opaca, corroída por el tiempo. Se acercan con miedo y curiosidad y deciden abrir la caja. Entre las tres hacen fuerza para sacarla de su tumba. Con la respiración agitada las dos mujeres se miran para determinar quien se animará a violar la cerradura. Xóchitl sale corriendo en busca de un machete dejando por sentado que a María le toca la parte más arriesgada del trabajo. La niña observa la escena en silencio.

El golpe certero sobre el candado oxidado deja caer el misterio. María estira su brazo y levanta la tapa de la caja. A primera vista se ven telas de varios colores y objetos extraños. El ruido de un perro entre los pastos altos sobresalta a las mujeres que quedan sin respiración por un instante. Continúan la exploración y encuentran ropa de los españoles que anduvieron por esas tierras. La niña se asoma y con gran esfuerzo tira de una de las telas dejando caer en el fondo de la caja un cuaderno amarillento. Las mujeres vuelven a mirarse con complicidad y rescatan el manuscrito. No entienden el idioma en el que está escrito, evidentemente no es el tzotzil. Se entretienen con los bosquejos de mapas precarios y vuelven a dejar el cuaderno en su abandono. Apuradas antes de que alguien las vea

doblan las telas y las esconden entre sus ropas. Creen que lo único rescatable del contenido de esa caja es la tela colorida con la que pueden hacer sus vestidos para la fiesta del santo. Con infantiles amenazas le dicen a la niña que no debe decir nada de lo que vio esta mañana mientras vuelven a enterrar la caja mal cerrada. Las dos mujeres se alejan del lugar anticipando como serán los vestidos que usarán en la celebración y la niña corre persiguiendo al perro flaco que juega con ella.

La vida de las mujeres no ha cambiado. María disfruta de su viudez y Xóchitl sigue odiando las noches. En la caja se desintegra con el tiempo el manuscrito que un desertor español escribió para contar la verdad. Quizás alguien lo encuentre antes de que la naturaleza lo haga desaparecer. Tal vez las dos mujeres nos hayan privado de conocer más detalles de lo ocurrido hace tiempo. Quizás un testigo que no se conformó con las razones de la conquista quiso decirnos que todo fue un error y que no se animó a enfrentar a la autoridad.

La historia juega con estos detalles y se ríe de nosotros. Dos mujeres contentas con sus telas dejan de lado un tesoro histórico. Y así vamos construyendo un mapa de nuestro pasado, con los fragmentos sueltos de miles de cajas, telas, mujeres y tesoros.



## Delirium

¡Cuántos espejos! Pero no puedo mirarme... me hacen mal...

Mi cuerpo está pesado. Apenas puedo ver con nitidez aquellos espejos que cubren las paredes. Escucho pasos y ruidos sigilosos ¿o será mi mente que ya no responde? Me siento arrastrado hacia una cama. Veo algunas caras que esquivan mi mirada. Huele a miedo pero todo está en calma. ¿Qué me hacen? Siento cosquillas pero no tengo fuerza para moverme. Me duele el estómago vacío de tanto vomitar. Me mareo mientras siguen trabajando a mi alrededor y ya no los escucho, sólo puedo mirar. Cierro los ojos y cada vez tardo más en abrirlos. Esa luz que está sobre mi cabeza me obliga a cerrarlos...

Ahí está la gente esperando que yo hable... tengo sed y no quiero recitar el poema... mi silencio me da vergüenza... y me escapo mientras mi mamá me llama a los gritos... no quiero que me miren...

Pero ahora sé que me están mirando aunque yo no pueda verlos... la pared es gris; un gris oscuro... muy oscuro... me hace recordar el cielo de una tarde de verano, cuando volvíamos del río antes de que la lluvia anegara el camino... pero este gris es más oscuro, sí, tan oscuro que se confunde con mis ojos cerrados... y en medio del negro veo caras que me sonríen pero no las conozco... ¿qué hacen aquí? Siento mis muñecas atadas como aquella noche de sexo comprado y la misma sensación de placer y humillación. Ya no puedo más... que alguien me saque estas correas... en el nombre del padre... del hijo...

del espíritu santo... amén... he pecado padre... le robé a mi hermano los ahorros y me compré golosinas... y... y... rompí las muñecas de mis vecinas... y... y... padre... cree que Dios me va a perdonar?

-Sí hijo...

...Dios te ha perdonado... y te espera...

¿Espera? ¿Qué espera? ¿Cuánto hace que estoy aquí? Quiero irme... y no veo a nadie para quejarme y exigirle que me dejen ir... pero... qué calor tengo... y esta luz que no deja de encandilarme... mejor me quedo así... quieto... seguro que hay algún error... además en definitiva estoy acostado y puedo dormir un poco... si... eso voy a hacer... voy a dormir...

¡Cuántos espejos! Pero no puedo mirarme... me hacen mal...

Los guardias terminan su tarea y el reo está listo para recibir su condena, la inyección letal.

## Adicción

Madrugada, duermo y pienso dormida. Sueño con folders amarillos, ordeno los archivos. Veo los íconos y disfruto su colorido. Quiero ir al baño, trato de ignorar los lamentos de mi vejiga, sigo soñando con Corel, doy media vuelta dentro de las sábanas y la luz de la calle entra por un espacio de un centímetro entre la cortina y la pared. Me molesta, me despierta, se une al complot de la vejiga para despertarme y obligarme a ir al baño. Me rindo. Voy.

Regreso al cuarto en penumbras y me fijo la hora en el celular: las 3 AM. Me deprimó fugazmente: aún faltan unas horas para empezar el día y trabajar en la computadora. Me acuesto. Lucho por dejar mi mente en blanco como si borrara un pizarrón.

Escucho ruido de autos, vocecitas de niños, ya amaneció. Abro mis ojos y ya estoy imaginando lo que voy a hacer cuando me conecte a internet. Me hago la distraída y voy al baño, abro la puerta para que los perros salgan a hacer pis y me convengo de que esos minutos gastados como quien no quiere la cosa hacen más natural mi llegada al escritorio cuando en realidad quiero conectarme desde las 3 am.

Enciendo todo... HORROR!!! El maldito ícono marca que no hay conexión. Me relajo, cuento 1... 2... 3... ya va a volver... miro a mi alrededor, acomodo algunas cosas pero enseguida giro en mi eje y clavo la vista en el ícono que sigue con su señal amarilla jactándose del sufrimiento que me causa. Repito la operación mental: cuento 1... 2... 3... ya va a volver... miro a mi alrededor, sigo acomodando ropa... pienso: ya pasaron diez minutos sin internet... ya podría haber hecho esto y aquello... me indigno dos segundos y vuelvo al estado de aceptación... pienso que mejor que no hay internet porque ahora estoy acomodando estas cosas pero igual lo podría haber

hecho en otro momento no era necesario levantarse a las 7:50 am para doblar un pantalón o cambiar un libro de estante... lo que yo quería era avanzar con mi trabajo, checar correos, enviar el informe y... doy un salto hasta quedar lo suficientemente cerca para ver si se fue el maldito ícono amarillo... Me dejo caer abatida en el sillón: no hay internet.

Ya pasaron treinta minutos. Voy a llamar y levantar un reporte. Seis... nueve... cero... siete... siete... tres dos. Estiro el brazo para agarrar el papel con los datos que me van a pedir... qué me van a pedir si nadie me contesta "todos los operadores están ocupados, espere en línea! Tirirrrriirtitiriri"... Espero, espero, musiquita, espero, me cansé! Bye! Voy a llamar a "ventas" ahí seguro que me atienden, dicho y hecho:

-Buenos días le atiende José Rojas en qué puedo ayudarle?

-Gracias, quiero reportar que no tengo internet...

-Ah pero ésta es la sección de ventas...

-Sí pero en el número del servicio técnico no atiende nadie, ayer me pasó lo mismo y estuve horas tratando de que un ser humano me escuchara para levantar el reporte.

-Si gusta la derivo al área correspondiente para que no batalle con el menú.

-El problema no es el menú, opción tres, número de suscriptor, opción tres otra vez y ahí es donde se traba el proceso porque "todos los operadores están ocupados etc. etc."

-Ok, si gusta la derivo al área correspondiente para que no batalle con el menú.

-Oooooook, derivame pues.

Lo que dije: nadie me atiende. El tiempo pasa y el síndrome de abstinencia comienza a fastidiarme. Casi siempre puedo manejarlo porque si se va internet verifico que los puntitos del modem estén encendidos, si solo hay dos ya sé que el corte puede durar treinta minutos o varias horas... o como el 31 de diciembre que no tuve internet en todo el día y empecé el año trepando por las paredes y me fui a dormir con veinte horas de abstinencia. Prueba de fuego, superada, sí, no la pasé tan mal, le puse onda pero el 1° de enero a las 7 am ya estaba conectada y feliz.

El problema es que yo trabajo con internet y ahí se mezclan las cosas porque trabajar es bueno y necesario y más si te gusta lo que hacés pero internet es adictivo porque es una especie de aleph, es un punto donde confluyen todos los puntos... es la información instantánea de lo que se te ocurra, es aprender, es leer, es viajar. Sigo esperando que alguien me atienda... me canso de esperar... miro el ícono de conexión y... volvió internet!!! Adiós! Aquí termina el texto, me voy a conectar.

## Dos mil pasos hacia el sur

El calor del mediodía era insoportable. El viento caliente empujaba el paso de una iguana que cruzaba la carretera. Cada tanto el ruido de los camiones despertaba a los perros que descansaban en la sombra. Una gasolinera rompía la monotonía del paisaje desértico. Sólo una bomba expendedora sacaba del apuro a algún viajero perdido. Nadie recorría esos interminables kilómetros mexicanos si no tenía un motivo importante. Camiones solitarios abastecían a los pocos pueblos que quedaban. Se decía por ahí que un tal Remigio había comprado este lugar para rehacer su vida; que vino de muy lejos huyendo de algunos hombres. No se sabía bien si les robó o si los ofendió durante alguna borrachera, pero lo cierto es que se aseguró de alejarse lo suficiente de esos problemas. Quizás buscaba un poco de tranquilidad para pasar el resto de su vida. Y allí se quedó todos estos años entre perros y cervezas. Ni siquiera se levantaba de su hamaca para atender a los clientes. Les gritaba desde el vaivén de la sombra que se sirvieran y que dejaran el dinero al costado.

-Ahí en el botecito -decía. Y seguía con la vista fija en el desierto.

Un día, después de la siesta, llegó un hombre joven de aspecto fuerte, con signos evidentes de deshidratación y agotamiento.

-¿Me regala tantita agua? -susurró.

Remigio se conmovió y entró a la cocina para buscar una cerveza.

-Aquí tiene, es todo lo que tengo, aquí no hay agua -dijo el viejo restándole importancia a la conversación y acomodándose en la hamaca.

El hombre no contestó y tomó hasta vaciar la botella.

-Gracias... vengo del norte... hace cinco días que no veo a nadie... duermo donde puedo y si no, ps, sigo caminando todita la noche.

-¿pa' onde va?- preguntó Remigio con desconfianza.

-Voy p'al sur, allí me esperan...

-¿Quién?- indagaba el viejo mientras tomaba cerveza.

-¿Puedo pasar la noche aquí? Mañana temprano sigo mi camino...

-Por mí no hay problema. Hace mucho tiempo que hablo solo. Ya no sé si estoy vivo o muerto... Algunas veces me despierta el ruido de algún camión o el calor de la tarde que debe ser igual al mismísimo infierno; otras veces, la cerveza y la siesta me hacen creer que veo el mar. ¿Cuál es su nombre?

-Dígame Alfonso... me queda bien ese nombre, va?

-Me da igual.-contestó el viejo indiferente.

-¿Cuántos días tardaré en llegar a la frontera sur?

-Depende... ya estamos en época de lluvias, si va caminando no creo que aguante.

-Tengo que llegar.

-¿Y qué es eso tan importante que hay en el sur? -preguntó Remigio espantando moscas.

-Es muy largo pa' contar ahorita, hice una promesa.

-Bueh... cada quien con su cruz... -y su mirada volvió a perderse.

Alfonso se sentó, apoyó su espalda contra la pared y decidió romper el silencio incómodo que se había instalado.

-Mi hermano trabajaba en el campo. Volvía a su casa al anochecer, casi siempre borracho, como alma que se lleva el diablo. Le pegaba a Dolores, su mujer y hasta a mi madre cuando trataba de impedirlo. Un día yo venía medio entonado, había visto a mi mujer con un tipo y tenía una rabia que me comía por dentro. Cuando llegué a casa vi a mi hermano sacudiendo a Dolores y a mi madre tirada en el piso, entonces no aguanté más y le cobré a la vida todas juntas. Me abalancé sobre él y caímos arrastrando la mesa. Dolores gritaba tratando de separarnos. Yo no podía pensar, quería matarlo. Después de eso, de lo único que me acuerdo es de mi madre llorando y preguntándole a la virgencita por qué nos mandaba esta desgracia.

Alfonso se quedó en silencio y miró al viejo que esperaba el final de la historia.

-Se corrió la voz en el pueblo y decían que yo estaba maldito. Mi madre me pidió que me fuera, me dio este rosario y se quedó llorando mientras me alejaba. Y así empecé mi viaje. Creo que llevo semanas caminando, llegando a pueblos que ni nombre tienen.

-Pero ¿adónde va? Dijo que lo esperan...

-Sí, mientras caminaba no podía dejar de pensar en todo lo que había pasado. Me veía tan solo en medio de la nada. No tenía un lugar adonde ir, ni una familia que me esperara. Traté de no morir de hambre, de sed o simplemente de desesperación. Y una noche cuando ya el frío era insoportable empecé a cantar para no dormirme y morir congelado. Canté las canciones que mi madre entonaba cuando era chico. Canciones de leyendas, de personajes raros, de guerreros con plumas. Y en ese momento decidí que no iba a morir ahí como un perro. Sacaría fuerzas de cualquier lado pa' llegar a mi salvación. Me prometí ser fuerte y llegar hasta el lugar que me de una señal y sabré que allí será donde tengo que quedarme. Yo voy a volver a vivir... sin pasado... sin muertes...

-Voy por otra cerveza... -dijo el viejo incorporándose lentamente.



## Abismos del alma

Látigos de luz, explosión de nubes. Techos mojados, árboles sacudidos, noche de tormenta. La casa se ilumina con cada relámpago. El viento abre violentamente una ventana. La alfombra oscura se moja mientras las cortinas bailan frenéticas. Algunos papeles vuelan del escritorio por las ráfagas furiosas del viento del sur. Dos libros caen al abandono desde los estantes que tapizan las paredes. Ya no importa. Para Ignacio las tormentas se acabaron. Las cartas de amor quedaron bajo su pecho apretadas por el peso de la vida.. ¿o de la muerte?...

Su vida no había tenido sentido después de la muerte de Paula. Ese lugar le recordaba tiempos felices y ahora los días eran un suplicio. Había leído todos los libros de su biblioteca tratando de escapar de la soledad. En medio de una noche de insomnio depresivo tropezó con un libro antiguo que sobresalía del estante. Se trataba de "Werther" y sabiendo que compartía su tristeza con aquel personaje se acomodó en el sillón para leerlo otra vez. Se detuvo en el diálogo entre Werther y Alberto, donde el primero intenta explicar las razones que llevan a un hombre a terminar con su vida.

"... y su amante la abandona. Hállase ante un abismo, inmóvil, demente; una noche profunda la rodea; no hay horizonte, no hay consuelo, no hay esperanza: la abandona el que era su vida. (...) ...el hombre siempre es hombre, y la chispa del entendimiento que tengan éste o el otro, sirve de poco, o, más bien de nada, cuando al fermentar una pasión la naturaleza se arroja a los límites de sus fuerzas."

Ignacio se levantó con el cuerpo invadido por la angustia y las palabras de Werther revolviendo su dolor. Fue hasta el cajón del escritorio, sacó un revólver y miró las cartas por última vez. El disparo en la sien fue mortal. Su cuerpo se desplomó arrastrando al piso el reloj de arena que como Ignacio no sabrá más del paso del tiempo.

## Llegó la primavera

Carmen y Ernesto subieron a su auto y se prepararon para disfrutar de un día a orillas del río. Cuarenta años de casados eran difíciles de sobrellevar un domingo a la tarde para un matrimonio sin hijos. Y por ser domingo había que romper la rutina de las tardes en la plaza. Era una buena excusa para usar el auto que Ernesto cuidaba con afán obsesivo.

-Acá está bien Ernesto, frená acá... -dijo Carmen.

-¿Te parece? Hay mucha gente... -rezongó el hombre.

Carmen lo miró con indiferencia, acostumbrada a esos comentarios mientras indicaba donde estacionar. El sol del mediodía jugaba en el agua y el aire parecía más puro que otros días. Lentamente se ubicaron bajo un árbol, un poco alejados de la gente. Carmen abrió la puerta del auto y despedido como bala de cañón salió un perro chihuahua desesperado por correr al aire libre.

-¡Tito! ¡Vení para acá! -gritó Carmen.

El perrito, un pequeño déspota, corría zigzagueando entre los árboles, indiferente al llamado de su dueña. Ernesto sonreía mientras preparaba la mesita y tres sillas para el almuerzo.

Después de un rato, el perrito volvió con una galletita en la boca y perseguido por un pastor inglés juguetón. Tito buscó refugio en Carmen quien ahuyentó a la bola de pelos grises y blancos. Fuera de peligro, Tito volvió a sus andanzas corriendo detrás de la pelota de un partido de fútbol improvisado. Se unió a la carrera del siete que corría decidido a pesar del terreno desnivelado. El perro perseguía a la pelota con los ojos desorbitados y la lengua colgando. La jugada seguía rápida. El siete

levantó la cabeza y vio al nueve cabeceador pidiendo el pase. El siete miraba la pelota, miraba al nueve y seguía corriendo; la cancha se terminaba y tenía que tirar el centro al área. Se acomodaba a la carrera para patear cuando un pocito disimulado por el pasto lo desequilibró. En lugar de patear la pelota le entró de lleno a Tito que voló hasta caer en los brazos del nueve que sorprendido atajó al perro. Los aullidos de Tito llamaron la atención de todos en aquel lugar. El siete se agarraba el tobillo con gestos de dolor y se lamentaba por la jugada malograda. El nueve vio venir a Ernesto con cara de susto y le entregó el trofeo caído del cielo. Una vez en brazos de su dueño, el perrito dejó de llorar sabiendo que le esperaban muchos mimos por el golpe recibido. Carmen los esperaba con angustia contenida temiendo que su "hijo" se hubiese lastimado.

-Veeeenga con mamáaaaa... pobrecitooooo... qué le hacen... -decía la mujer mientras acariciaba al perro.

Tito con cara de víctima recibía los mimos estirando sus patitas al cielo. Después de tanto revuelo Carmen lo sentó en una silla y le sirvió su plato con comida y agua. La tranquilidad duró poco. Con la pancita llena y toda la tarde por delante Tito se puso a ladrar haciéndoles saber que era la hora de su juego favorito. Ernesto fue hasta el auto a buscar la pelotita verde y comenzó el ejercicio. Tito corría buscando y trayendo la pelotita. Apenas podía sostenerla en su boca pequeña. Sus orejas y su cola le daban un aspecto de robot a control remoto.

En una rápida maniobra, la pelotita voló hasta rebotar en un árbol, luego en una piedra y rodó hasta la orilla del río. Al llegar, Tito vio una botella que flotaba en el agua. Se olvidó de la pelota y puso su atención en el objeto que se movía rítmicamente. Se escuchaba la voz lejana de Ernesto llamando al perro y los ladridos agudos dirigidos a la botella arrastrada por la corriente.

-¡Vení Carmen! ¡Tito se tiró al río! -gritaba Ernesto mientras corría hacia la orilla.

La corriente era lenta pero arrastraba aquella extraña unión: no se sabía si

si el perro tenía una botella en la boca o si la botella tenía un corcho extraño con ojos saltones. Tito no se ahogaba pero se alejaba cada vez más.

-¡Ay mi Tito! ¡Por favor... ayúdenlo! -gritaba Carmen desesperada-  
¡Ernesto hace algo!

-¿Y qué quieres que haga? -decía el hombre nervioso.

Un chico trató de bajar al río para buscar al perrito pero desistió al ver muchas piedras y algas. Una mujer joven vio pasar al guardaparque y lo trajo al lugar.

-¡Ay señor! ¡Mi perro! Se lo lleva la corriente, Dios me libre y guarde, haga algo! -imploraba Carmen.

Tito y la botella se alejaban rápidamente por el cauce del río. El revuelo se hacía general. Dos chicos corrían por la orilla siguiendo el recorrido del perro.

-Aquí móvil dos... a móvil uno.. cambio -dijo el guardaparque usando su handie.

-Aquí móvil uno... cambio... -respondió una voz distorsionada.

-Tenemos un perro arrastrado por la corriente del río, estamos en la zona de las curvas... la corriente está bastante lenta pero se lo está llevando igual... cambio -explicaba el hombre.

-Ok... nos acercamos a la zona recta para esperarlo y sacarlo del agua...cambio y fuera.

El guardia llamó al matrimonio y trató de tranquilizarlo. Luego los tres subieron al vehículo oficial del parque y se dirigieron a la zona de los laguitos donde estaba el móvil uno.

Mientras tanto Tito pataleaba orgulloso y luchaba por mantener prisionera

a la botella. Miraba a los chicos que le gritaban desde la orilla y seguía concentrado en su aventura. El río tenía curvas que fue sorteando hasta desembocar en la recta donde lo estaban esperando.

-¡Ay mi diosito! Mi bebé tan chiquitito! ¡Pobrecito! -decía Carmen santiguándose y mirando al cielo.

-Tranquilízate Carmen, es un perro y los perros no se ahogan en un río como éste... -decía Ernesto con toda la paciencia.

-¡Pero hay muchas piedras y él es tan chiquitito! - seguía diciendo la mujer.

Ernesto hizo un gesto cómplice al guardia que tomó el handie y preguntó si habían visto a Tito.

-Aquí móvil uno... todavía no vemos nada... ¿qué descripción tiene el perro?... cambio...

-Es un chihuahua, color café... se tiró para buscar una botella, quizás aparecen juntos... cambio...

-Ok... cambio... -el silencio duró unos segundos- ...aquí móvil uno... vemos venir al perro... parece que está bien...

-¡Bendito sea el señor! -gritó Carmen.

-¡Shhhhhh! -la calló Ernesto- ¡no me dejás escuchar!

-Móvil uno... repita el mensaje... cambio... -pidió el guardaparque.

-El perro no quiere soltar la botella... ya lo están sacando del agua...cambio... -informó la voz.

-Ok... estamos cerca del lugar... cambio y fuera... -dijo el guardaparque mientras maniobraba llegando a los laguitos.

La gente se había amontonado para ver el rescate. En esta zona se formaban depresiones y el agua estaba estancada. El acceso era fácil y seguro. Apenas

vieron a Tito se metieron dos guardaparques para agarrarlo. La tarea no fue difícil pero sí inédita. Tito no quería que le sacaran la botella que tanto esfuerzo le había costado conservar. Algunas personas arrancaron un aplauso general para los rescatistas y las sonrisas invadieron las caras de la gente.

-Mi bebéeeee!!!!!! -gritaba Carmen mientras caminaba con paso ligero.

Tito escuchó la voz de la mujer y soltó la botella. Se zafó del rescatista y saltó al pasto para luego correr a los brazos de Carmen.

-Falta la música de fondo... -pensó el rescatista viendo esa escena de película.

El reencuentro fue emotivo: besos, lengüetazos, sollozos, llanto... Ernesto agradeció a los guardaparques y hasta hicieron algún comentario gracioso sobre lo ocurrido.

Con el perrito a salvo, la gente volvió a lo suyo y el matrimonio subió al vehículo oficial para regresar a la zona de las curvas. La botella quedó olvidada en manos de los rescatistas. En su interior había una hoja de papel y una flor seca planchada por estar dentro de algún libro. Los hombres sacaron la hoja y leyeron:

“Te vas tan rápido que no sé qué hacer con el tiempo.”

## Libertad

-Su Majestad, la guerra es inminente.

-Lo sé, pero no podemos hacer nada para evitarlo.

Costaba respirar en esos instantes previos. Las contiendas eran frecuentes y no había forma de negociar la paz. El dominio de aquel terreno era el objetivo final. Las miradas permanecían fijas en el enemigo hasta que alguien daba los dos primeros pasos y ya no había vuelta atrás. Guerreros valientes se inmolaban mientras los consejeros corrían de un lado a otro llevando mapas y dibujos garabateados por la urgencia de un plan estratégico. El tiempo empujaba las agujas del reloj antiguo que marcaba un constante y obsesivo tic-tac. Cada minuto sumaba un número en la lista de los caídos. El dominio de uno sobre otro se transformaba en victoria. Con el ejército diezmado, dos consejeros corrían hacia un rincón de la torre protegiendo al rey. Las tierras habían sido tomadas por el enemigo. Ya no se trataba de perder la tierra o la libertad sino de asegurarse una muerte digna. El rey, anticipando su destino, hizo un gesto a su consejero quien cayó presa del pánico mientras le alcanzaba el líquido mortal. El silencio repentino se quebró con la caída del cuerpo envenenado del monarca. Sus consejeros fueron tomados prisioneros. El rey vencedor miró a su alrededor y se sintió soberbio, invencible, sediento de poder. Convocó a sus jefes militares y los obligó a seguir sus órdenes: ir en busca de la libertad definitiva.

Dos hombres conversaban y tomaban un café cuando sus gestos quedaron congelados. Las piezas blancas del ajedrez que habían usado minutos antes multiplicaron varias veces su tamaño cobrando vida y se abalanzaron sobre ellos hasta matarlos.

Cuando la policía llegó al departamento encontró dos cadáveres, dos tazas de café sobre la mesa y un tablero de ajedrez con dieciséis piezas negras.